

La Novela Cinematográfica

N.^o 2

20 cts.



EL
CASTIGO
DEL CIELO
(SODOMA y GOMORRA)

por
LUCY DORAINÉ

20 cts

Nº 3

Sodoma y
Gomorra

Las ciudades malditas



RUCA DOBANIENE
DET GIERO
CARLIGO
SODOMA Y GOMORRA

LA NOUVELLA CINEMATOGRÁFICA

Redacción Provenza, 244
Administración Teléfono 1336 A. BARCELONA
Año I Núm. 2

Sodoma y Gomorra LAS CIUDADES MALDITAS

Interpretada por: **LUCY DORAIN**

Marca «SASCHI»

Exclusiva especial GAUMONT Paseo de Gracia, 66
BARCELONA

CAPITULO II

La Redención

La suntuosa fiesta que para solemnizar sus espousales con Miss Mary Conway daba en su regia mansión el multimillonario Mister Hárber, hallábase en su apogeo.

Habíanse organizado engalanadas y fatuosas caravanas de lanchas y barquillas montadas por la bulliciosa juventud de ambos sexos que jugueteara revoltosa y bullanguera, con atrevido bullicio propio de aquellos tiempos y época de paganismo de la ciudad del vicio y del pecado: Sodoma.

El Padre Abel, virtuoso preceptor de Eduardo Hárber, el hijo del moderno Creso, apartó horrorizado su mirada del pagano festejo, teniendo por la inocencia de su amado discípulo

Tendidos en el jardín, aplastando la floresta, multitud de parejas revueltas bebían y bromearon alrededor de una magestuosa cascada formada por bellas mujeres en cueros, que adaptaban figuras y grupos artísticamente escultóricos. Con tal de proporcionarse alguna distracción, Miister Hárber dilapidaba gustoso y manirroto sus millones.

Por su parte, Mistress Conway, aunque se ve circundada de lujo, de riqueza y de esplendor no olvida que es madre.

—Yo no dudo, Miister Hárber— le dice— de que hará usted feliz a mi querida hija, porque me consta que ambos se aman ustedes con pasión... ¡Ah! ¡Vaya a recibirla, que ya llega!

Y Mary, llegó, arrogante y alegre, dominadora y frívola, con estos antagónicos contrastes, absurdos, que instintivamente manejaba Mary, cuando se le antojaba.

—¡Estás satisfecha, Mary?—la dijo Hárber—. Toda esta espléndida fiesta la organicé para ti... ¡No me la pagarás con un poco de amor?

—Mas tarde... En el pabellón... A las once...

Mientras los invitados exclamaban irónicamente: «—Invierno y primavera... ¡Triste enlace!...»

Cruzó el jardín abriéndose paso entre la multitud bullanguera y parlanchina, el auto que debía conducir a Harry a la clínica donde debía ser operado.

La interrupción inesperada de un auto en aquellos momentos y en aquel lugar, llamó la atención

de todos, que se preguntaban qué podía significar aquel acontecimiento, hasta que un criado les sacó de dudas:

—Es el joven escultor, Harry Lighton—les dijo el criado—, que al verse desairado por Miss Mary, atentó contra su vida... Está gravísimo, pero aun hay esperanza.

Ningún grito de horror ni indignación, surgió de entre aquella gente ebria de alegría y de placer, únicamente un atrevido murmurador terminó el asunto con su comentario:

—¡Cosas de la vida!—dijo—. Este desdichado joven sólo le ofrecía amor, al paso que Miister Hárber posee cuantiosas riquezas...

¡Qué contrastes más irónicamente desdichados nos brinda el mundo y la vida! Mientras cruza el jardín el auto que conduce a la clínica al joven que por amor daba su vida, por amor a aquella mujer descocada, de refinada perversión, que no sabía ni podía saber lo qué es y lo qué vale un amor sincero, cuanto menos podía comprender, agradecer y arrepentirse... Ella, Mary, gozaba bromeanado descarada y atrevidamente, en un lugar apartado del bullicio, con Eduardo. Y a diferencia de su austero preceptor, Eduardo Hárber estaba realmente encantado de la vida, y por nada de este mundo habría abandonado la mansión de su padre.

La compañía de Mary se le hacía cada vez más necesaria y agradable. Aquella mujer astuta había conquistado por completo, con su perspicacia, la

admiración de aquel joven casi adolescente, que nunca había fijado su mirada, a mujer alguna.

Y en su astuto refinamiento malévolο, Mary, proyecta un plan diabólico, y entre caricia y caricia, da cita también a Eduardo en el pabellón donde citara a su padre de éste.

—¡No lo olvides, Eduardo!...—le dice con cariño, que finge sagaz y admirablemente—. A las once... en el pabellón...

Dicho lo cual, se escabulle, marchándose con la divertida multitud, que la aclama y vitorea a su paso.

Al encuentro de Eduardo, fué su austero preceptor, el Padre Abel,

—Hijo mío—le dice—, siempre me obedeciste sin protesta, convencido de que sólo busco tu bien... ¡Podrá más en ti ahora la voz fascinadora de esa astuta sirena, que la palabra de tu preceptor?

—¡Padre, no la insulte usted!—contestó el inexperto joven, entre dolorido y contrariado—. Esa mujer es pura y virtuosa, y yo la quiero con todas las energías de mi corazón!

* * *

A la puerta del bello pabellón, Mary se paró anhelante. Entró en él, y el recuerdo del hombre enamorado que por ella atentó contra su vida hizole vacilar por un momento...

La lucha que Mary sostenía consigo misma, era pesada y terrible. Por muy taimada que una per-

sona sea, las luchas contra la conciencia, son las luchas espirituales que hasta en las almas más perversas sostienen siempre un resollo invenitable.

Y, Mary, agotadas sus energías por tantas y tan rudas emociones, cayó, a su pesar, en un sueño profundísimo, durante el cual asaltóle una horrible pesadilla.

* * *

Son las once. Eduardo, entra en el pabellón, donde ya estaba Mary, tendida sobre el ancho diván, dormitando. Se acerca a ella quedamente, al saberla dormida, y cuando tiene a su alcance el rostro tentador de Mary, le imprime un beso lleno de fervor.

Mary, se despierta sobresaltada, y al darse cuenta de la causa que motivó su sobresalto, corresponde a la galante admiración y los dos se efusionan en un abrazo.

Llaman a la puerta con los nudillos de la mano.

—¿Quién llama?—preguntó Eduardo en alta voz.

—Alguien que quiere arrebatarme lo que más adoro... que eres tú!...—dijo Mary, reteniéndole preso en su brazos—. Si realmente me quieres, líbrame de él!

Mister Hárber, sospechando que ocurriera algo de anormal, abre la puerta y se interna precipitadamente en el pabellón.

Mary, apaga la luz. Eduardo, incitado por ella y por los celos, se avalancha sobre el bulto que

había entrado en el pabellón y que él no podía reconocer por la obscuridad. Y en medio de las tinieblas, Mary, arma la mano de Eduardo con un puñal, que cogió de sobre una mesita de centro, y en el calor de la lucha, ofuscado, Eduardo, hace una víctima... mientras en el rostro de aquella mujer se refleja la imagen del diablo que sonríe victoriamente... y para saborear más perversamente su obra da la luz para que Eduardo reconozca su víctima.

No es para descrito, y obra muy difícil es para representada, la horrible escena de dolor de Eduardo, al reconocer a su padre, en la víctima.

—¡Papá!... ¡Papá!—exclamaba en el suelo, al lado del cuerpo inerte de su padre, que lo bañaba en lágrimas, y lo sacudía como si quisiera devolverle la vida...

—¡Papá! ¡Papá!...

—Y Mary, contemplaba la escena de dolor, ergida sobre su propio pedestal de perversión.

—¡Infame!... ¡Criminal!...—la increpó Eduardo, sumido en loca desesperación.

—¡Niega!... ¡Niégalo todo!...—respondió Mary, probando de acariciarle todavía, pasándole una mano por su cabeza, desplomada y dolorida sobre el cuerpo de su padre moribundo. ¡Niégalo! No hay testigos, ¡Sólo te he visto yo!

Cuando, como enviado del cielo, surgió el Padre Abel, quien apartando la pécora, del lado de su discípulo, tendió sus brazos amorosos a éste y exclamó dolorido:

—¡Desventurado!... ¿Qué has hecho?

La trágica noticia corrió prontamente como rengueo de azufre. Los invitados se amontinaron comentando el suceso hasta que llegó el juzgado.

—¡Hija mía! Esto es horroroso...—dijo Mistress Comway, a su hija Mary.— ¡La policía ha allanado la casa!

A lo cual contestó Mary, a su madre, sin inmutarse, presentándole el escote de su traje, abierto, que exhibía la blancura de su carne:

—Haz el favor de abrocharme, que se me ha abierto el traje...

El Juzgado empezó su interrogatorio.

—¡Qué el Señor te ilumine y te dé fuerzas para defenderte—dijo el buen Padre Abel, a Eduardo, queriendo protegerle moral y materialmente.

Eduardo, nada contestaba a las preguntas del señor juez. Su dolor demasiado inmenso, acallaron todo su ser, que lo embargaba por completo la conciencia. Demasiado débil, que ni defenderse podía

—¿Por qué no me responde?... Su silencio le pierde...—advirtiéle el señor juez.

—¡A qué conduce negar lo que es claro y evidente?...—interpúsose Mary, siempre con su arrogancia malévolas— Confiese usted, Eduardo, que cegado por los celos, asesinó a su padre... ¡Yo lo vi, señor juez!

El fué el autor material...—saltó el Padre Abel, en defensa de su desdichado discípulo—. ¡Pero, usted armó su mano!...

Y la acusación que el austero Padre Abel hizo al señor juez, contra Mary, fué rotunda, una acusación franca con la cual esperaba el buen preceptor hallar el castigo terrenal de la indómita pecadora:

— ¡Señor juez — prosiguió el Padre Abel —, ella fué la instigadora, la verdadera culpable, pues él, en la obscuridad, no sabía con quién luchaba!

Y el juez, ordenó la detención de Mary Comway y Eduardo Hárber, ante la espectación de todos aquellos invitados a la fiesta de esponsales de Miss Mary Comway con Mister Hárber...

* * *

Mis Mary Comway, descansa en la cárcel, sobre un banco de piedra, dentro una obscura celda donde la luz apenas logra internarse por una ventanita

Un misionero de la Justicia le comunica:

El Tribunal Supremo de Justicia ha confirmado la sentencia de muerte dictada por esta Audiencia contra Mary Comway, y el Gobierno ha denegado la gracia de indulto...

Mi último deseo es — encargó Mary al misionero — ser asistida en el trance supremo de la muerte, por el Padre Abel...

Al retirarse de la celda el misionero de la Justicia, entró en ella la madre de Mary. Venía dolida y se arrodilló al os pies de su hija, implorando:

— Yo fuí la causa de tu perdición, Mary... ¡Perdóname, hija mía!...

Y suplicante la besaba en las manos, que mojaba con lágrimas que bañaban su rostro.

Al salir de la celda Mistress Comway, tropezóse con el Padre Abel, que iba a confesar a su hija; hincóse de rodillas ante el Padre y le besó también, las manos, implorándole la salvación de su desdichada hija. El padre Abel, levantóla hu-



— Haz el favor de abrocharme...

mildemente, asegurándole que del arrepentimiento oportuno se consiguen las indulgencias.

El preceptor de Eduardo comienza la confesión a Mis Mary:

— Por grandes por inauditos que hayan sido sus

pecados—la dice—, Dios la perdonará, hermana, porque su misericordia es infinita, ¡Sólo exige contrición y propósito firme de la enmienda!

Mary, parecía escuchar con atención y hasta con arrepentimiento, las palabras del Padre, que le repetía:

—No pierda la esperanza... ¡Confíe en el Señor!

Mas, el horripilante martilleo de los que levantaban el patíbulo, al reanudar su pavoroso trabajo, hizo correr a Mary, estremecida, hacia la ventana, desde la cual se veía el patio. Y ante la tétrica visión del patíbulo, que para ella se construía, exclamó:

—¡Ah, Dios mío, piedad!... ¡Aún soy tan joven!... ¡tan joven, para morir ahora!... ¡Padre!... ¡Sálveme usted, por caridad... ¡Ayúdeme a salir de aquí!... ¡Soy tan joven aún, para morir!...

—¡Aparta, hija del pecado!—rechazóla el Padre Abel—. ¡Hasta en tu postrer instante únicamente piensas en salvar tu cuerpo, aunque perezca el alma!

Y, horrorizado, exclamó para sí el austero preceptor: «La historia se repite a largos intervalos. Hoy, todo es corrupción y libertinaje, como en las ciudades bíblicas de Sodoma y Gomorra, que castigó el Señor... Como en la ciudad de Lot, no sera posible hallar diez justos para que, por amor a ellos la perdonase Dios...

Y el padre Abel intenta su último recurso para salvar aquella alma rebelde, sermonéandole en

una narración bíblica de aquellas dos ciudades de pecado...

* * *

—Sodoma celebraba con gran pompa la fiesta de Astarte—narraba el confesor a Mary—. Y la mujer de Lot, que era sacerdotisa de esta divinidad fenicia, engalanábase para acudir al Templo.

»El pueblo la aclamaba y la admiraba. La mujer de Lot, era la más bella mujer de Sodoma, y la fiesta de Astarte representaba la fiesta del amor y de la hermosura,

—¡Qué hermosa estás, señora!—la decían—. Hoy en el templo, ninguna otra mujer te igualará en belleza.

Y la ciudad ardía en fiestas sumtuosas, mientras el justo Lot, sobrino de Abraham, miraba contrariado cómo se disponía su mujer a rendir culto a una diosa pagana.

—Ven, esposo. Acompáñame a la fiesta que celebra Sodoma en honor a Astarte.

—¡Jamás!—contestó Lot—. Porque el Señor, mi Dios, dijo a Abraham: «No servirás a los dioses ajenos».

—¡Pues, mi diosa es Astarte, y sólo sobre su altar haré yo mis sacrificios!

Dicho lo cual, partió corriendo hacia la multitud que la aguardaba y la reclamaba impaciente.

La estatua de la diosa Astarte, se paseaba en triunfo por las calles, que invadía una muchedumbre

bre sedienta de placeres y enervada por vicios repugnantes.

Y en su desesperación, Lot, fuese al monte y clamó del Señor, su Dios..

— ¡Señor! Envía un ángel tuyo que aniquile esta ciudad, antro de corrupción, morada de los vicios, albergue del pecado...

Y Dios oyó el clamor del único hombre justo que habitaba en Sodoma, y envió el ángel...

Toma a los tuyos—dijo el ángel de Lot—, y huye de la ciudad, porque los pecados de Sodoma y de Gómorra han llegado a su extremo y claman castigo y redención, pón lo cual el Señor las aniquilará.

— ¡Señor, ven a casa de tu servo: lava tus pies, y de madrugada, seguirás tu camino.—(«Génesis»).

Y los que vieron entrar al extranjero en la casa de Lot, empezaron a murmurar:

— Por qué se ha permitido venir a nuestra ciudad en semejante día?

Y los curiosos acuden a la sacerdotisa de Astarte, a la mujer de Lot, preguntándole:

— ¿Quién es ese extranjero que tu esposo albergó en vuestra casa?

Y los hombres de la ciudad cercaron la casa de Lot, desde el niño hasta el viejo, todo el pueblo a una.—(«Génesis»).

Lot, decía al ángel enviado del Señor, mientras llegó su mujer:

— Señor, deja que desate las correas de tus sandalias.

Y se disponía Lot a lavarle los pies, cuado su mujer quiso reemplazarle en su faena.

— ¡No te llegues a mí, mujer impura; esclava de pecado!—rehusóla el ángel del Señor.

Y las muchedumbres, con gran clamor, pedían a Lot que saliera.

Es preciso que salves a nuestro huésped a cualquier precio—dijo la esposa de Lot a éste, como pretexto de que la dejara sola con el ángel.

Al salir Lot a la puerta de su casa, la muchedumbre le preguntó:

— ¿En dónde está el hombre que has entrado en tu casa? Sácanoslo acá, para que le conozcamos.

— («Génesis»).

— No queráis, os ruego, hermanos míos, hacer mal a este hombre, pues ha entrado a la sombra de mi tejado.—(«Génesis»).

Pero ellos respondieron «Quítate allá». Y aun añadieron: «Te has entrado acá como extranjero. ¿Será quizás para ser nuestro juez?»—(«Génesis»).

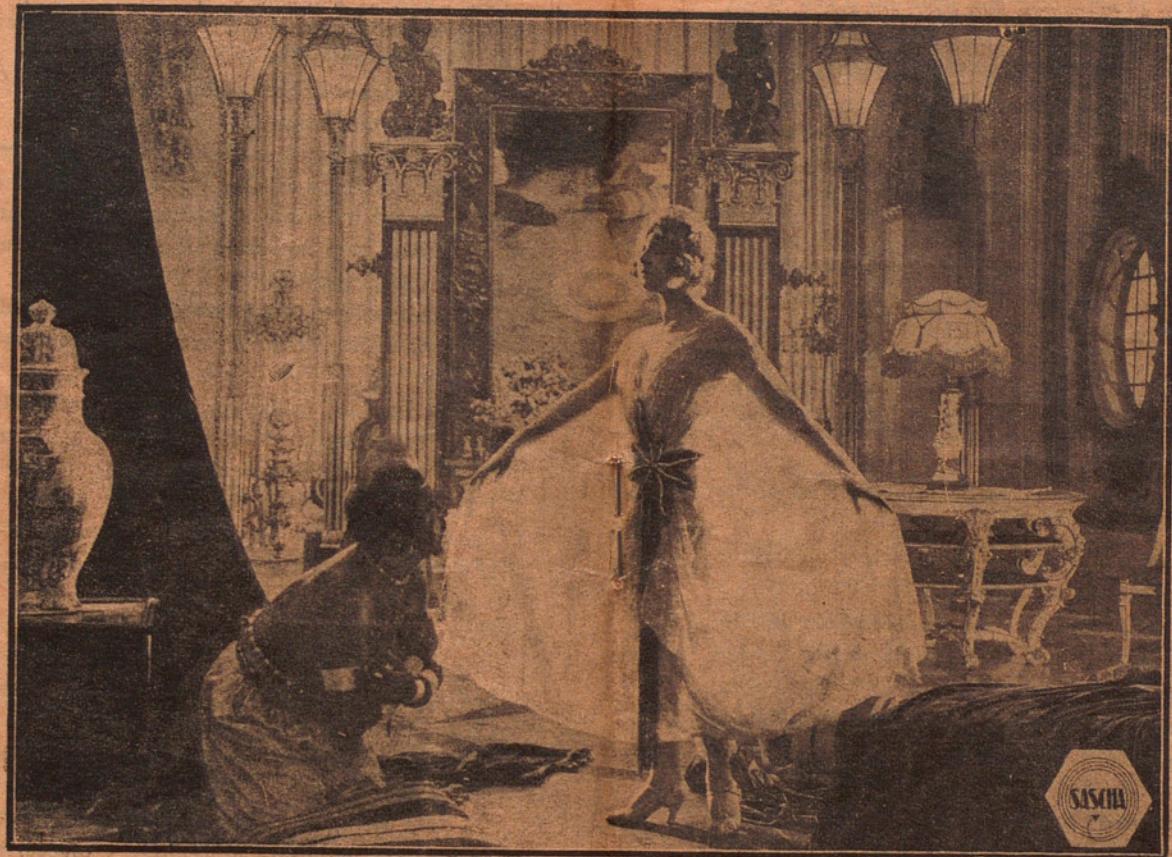
Mientras Lot, procuraba conformar a la multitud, su mujer decía al ángel:

— ¡No es verdad, extranjero, que la fama de mi belleza y el ansia de mi amor te trajeron a esta ciudad desde tierras lejanas!..

Y ante la actitud del ángel, amenazóle la mujer de Lot:

— ¡Me desdeñas!.. ¡Ignoras que a un gesto mío te arrastrarían hasta el templo, y ofrecerían tu vida en holocausto a la diosa Astarte?

Las masas se impacientaban.



Mary se paró anhelante

Y hacían gran violencia a Lot, y le decían:
«Pues a ti te arrastraremos peor que a él».—(«Génesis»).

Y el ángel enviado del Señor contestó a la mujer de Lot:

—Voy a destruir este lugar, por cuanto se ha aumentado su clamor delante del Señor, que me ha enviado para destruirlos.—(«Génesis»).

Y después añadió el ángel:

—Arrepíntete, ioh, mujer! porque pecaste contra el Señor, Dios de Abraham, y tus pecados claman contra ti!

—¡Ah! ¿conque pretendes ser un ángel?...—contestó la mujer de Lot.— ¡Yo no creo en los ángeles ni en tu Dios!... ¿Me desprecias?... ¡Pues, te arrepentirás!

Y ella arengó a las turbas contra el recién llegado.

Y lleváronle al templo de Astarte y amarraronle al ara de los sacrificios.

—Si eres realmente un ángel enviado de Dios, salvate de las llamas!—dijo la mujer de Lot, prendiendo fuego a la piara.

Al momento se produjo una explosión en el ara del sacrificio y desapareció de ella el ángel del Señor.

Que caminó por los montes clamando al Señor, que destruyera a aquellas ciudades, que es el castigo que se merecían, por sus abominaciones...

Y el Señor llovió sobre Sodoma y Gomorra azu-

fre y fuego, de parte del Señor, desde el cielo.—(«Génesis»).

El ángel encontró a Lot, que como todos los habitantes de aquellas ciudades de pecado, huían a la derribada y le dijo:

—...Tomá a tu mujer y a las dos hijas que tienes: no sea que tú también perezcas juntamente en la maldad de la ciudad.—(«Génesis»).

—Pero, ¡ahora, dónde las hallaré?—contestó Lot.

Y los habitantes de aquellas ciudades huían sobrecogidos de pánico. Y aquel fuego del cielo inflamaba las venas de betún, que abundaban extraordinariamente en aquellos parajes, consumiéndolo todo.

Lot, pudo hallar a su mujer, y guiados por el ángel enviado del Señor, se disponían a huir.

—Salva tu ánima: No vuelvas la vista hacia atrás, ni te pares en toda esta comarca: mas, salvate en el monte; porque no perezcas tú también con los otros.—(«Génesis»).

Advirertió el ángel a la mujer de Lot y al propio Lot.

Y destruyó el Señor estas ciudades y todo el territorio al contorno, todos los moradores de las ciudades, y todo lo verde de la tierra.—(«Génesis»).

Y volviéndose para mirar atrás—prosiguió en su narración bíblica el Pade Abel, deseoso de per-

suadir a Mary—. La mujer de Lot, quedóse convertida en estatua de sal.—(«Génesis»).

Y añadió a su sermón la moraleja:

* * *

También tú tuviste una vez la ocasión de salvarte de la muerte eterna, pero la rechazaste dando pruebas de inmensa insensatez!

Pero el rumor siniestro de los pasos del personal encargado de la ejecución hizo retroceder llena de espanto a la infeliz mujer.

—¡Por el amor de Dios!... ¡No me llevéis!... ¡Perdón!... ¡Soy demasiado joven para morir ya!...

—¡Retrocedes!... —dijo el confesor—, giras la vista hacia atrás, y no procuras por tu alma ¡para ti no hay perdón!

* * *

... Sobrealtada, por el insomnio, despertóse horrorizada Mary.

—¡Sí, sí!... Todo fué un sueño; una horrenda y terrible pesadilla... ¡Acabo de vivir los momentos más pavorosos de mi vida!—exclamó dándose cuenta de que felizmente todo había sido una pesadilla,

... Aún continuaba la fiesta, convertida en orgía desenfrenada, en la mansión de Hárber...



Y la ciudad ardía en fiestas suntuosas...

Mistres Comway, rodeada de galanteadores, bromeara exageradamente con ellos, mezclados en el tumulto de la fiesta.

— ¡Mamá, vámonos de aquí! Abandonemos para siempre este antro de pecado! —dijo Mary, ruborizada.

— Hija mía, tú has bebido más de lo prudente, y te ha dado la vena por moralizar... ¡Ya se te pasará!

Contestó a Mary mistress Comway, la mujer de costumbres rigeras que la adoptara como hija.

Un sueño, una terrible pesadilla había bastado para hacer comprender al alma de Mary, todavía para, el abismo que se abría a su delante, en el cual se iba a precipitar. Su irreflexión de niña, con sus ganas de juego y su ambición pueril, fueron por unos instantes los instigadores que la precipitaban al abismo, los malos consejeros que la hicieron obrar malamente, porque desconocía el valor real de las cosas, y porque su vida niña tiene tanto de irreflexiva como de poco reprimida...

Los relojes de la regia mansión de Hárber señalaron las once, y esta vez no fué en sueño.

El camino del amor está sembrado de rosas... Eduardo marchaba sobre él, dirigiéndose al pabellón... Pero estas bellas flores ocultan bajo sus perfumados pétalos muy punzantes espinas!... Su padre, mister Hárber, dirigiérase, también, al pabellón.

Y en la puerta encontráronse padre e hijo, comprendiendo que a los dos les llevaba un mismo fin.

— ¡Insolente! —increpó Hárber a su hijo.

Eduardo, obcecado, quiso luchar con su propio padre, cuando la presencia del padre Abel, acudió a tiempo, lo impidió.

— ¿Qué intentas, desventurado? ¿Serás capaz de



Y fuérsonse preceptor y discípulo

agredir al hombre que te dió el ser? —dijo el preceptor, privándole de la acción.

Y fuérsonse preceptor y discípulo.

Mister Hárber se interna en el pabellón. Sobre la mesita de centro, que soñara Mary haber cogido el puñal con que Eduardo agredió a su padre, encuentra Hárber una carta, que dice así:

«Perdone el indigno juego de que le he hecho a
usted víctima. Todo ha sido una farsa, lo mismo
que mi vida hasta este punto.

»Desesperada, me asgo al borde del precipicio
para no caer en él. No me guarde rencor, pues
»no ha de verme más.

Mary.»

—Antes de emprender la marcha—dice el padre Abel a Eduardo—, pide perdón a tu padre.

Y mientras Hárber, contrariado, bajaba las escalinatas del pabellón, Eduardo arrodillóse a sus pies:

—Papá, perdóname usted... No supe lo que hacía.

—Vete con Dios, hijo mío...—le contestó éste levantándole y besándole en la frente—. Este no es el lugar propio para tu alma pura... ¡Olvida lo que has visto!

Y ya de madrugada, Mary despidióse de mistress Conway, que continuaba bromeando en la loca fiesta...

EPILOGO

En la clínica donde Harry Lighton había sido conducido, acude Mary, preguntando por el infeliz escultor, víctima de su amor, que en aquel momento acababa de ser operado.

—Prudencia, señorita—la recomienda el doctor—, Que no la vuelva a ver hasta que yo lo autorice, pues cualquier emoción podría matarle.

Transcurrieron los días y las semanas, y en el corredor de la clínica aguardaba, impaciente, de continuo, una amante mujer...

Hasta que un día, el practicante la dijo:

—Me parece, señorita, que hoy le darán a usted una agradable nueva.

Y al instante el señor doctor le comunicó:

—Está mucho mejor. Su ardiente anhelo de vivir para usted, le ha salvado, sin duda.

Y algunos días después fué autorizada Mary para velar al enfermo, que había entrado ya en el período de franca convalecencia.

Harry dormitaba recostado en un sofá; al despertarse vivió la agradable sorpresa de ver a su lado a Mary.

—¡Oh, Harry!...—dijo le ésta llena de arrepentimiento y de amor—. Mi excelente... mi noble... mi adorado Harry, perdóname, por Dios, todo el mal que te he hecho.

Y un mes más tarde...

El padre Abei consolaba a su discípulo Eduardo Hárber, aconsejándole:

— El Señor prometió a Abrahám que si hallaba diez justos en las ciudades del pecado, Sodoma y Gomorra, perdonarías por el amor de ellos. Por eso, el mundo en que habitamos no será destruido mientras haya inocentes y amantes corazones...

Y aquel corazón, transido del dolor más acerbo, vertía lágrimas de sangre al contemplar marchitas, al nacer, sus dulces ilusiones... perdido para siempre su primer amor..

Mary y Harry celebraban su luna de miel... Unamos nuestros votos para que sea eterna...

Prohibida la reproducción
sin mencionar la procedencia

El inmediato que publicaremos la semana próxima, se denominará

La Redención

Narraciones de
T. de DAFNIS



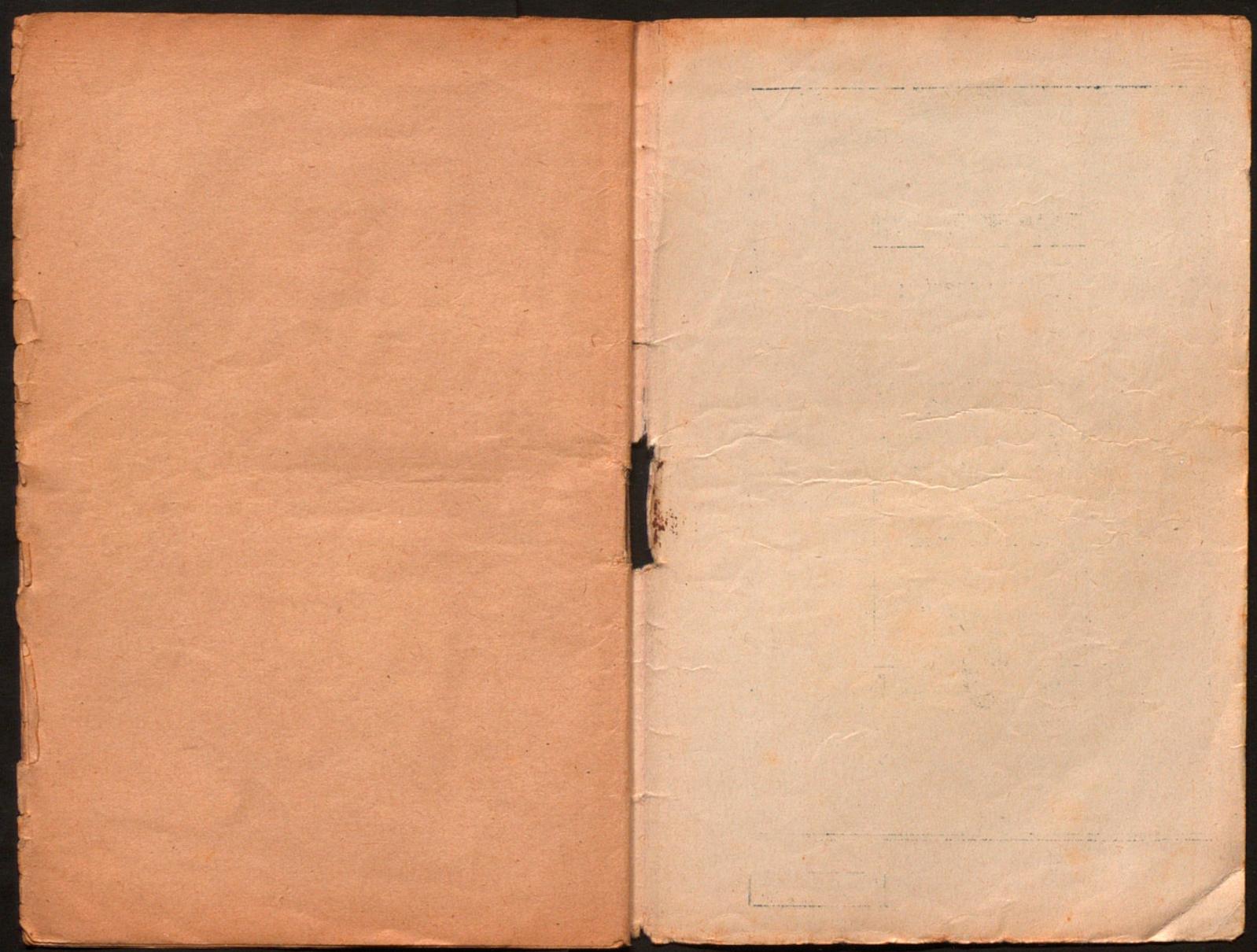
Precio: 20 céntimos

THE HISTORY OF THE CHURCH
OF ENGLAND, written by
J. H. Newman

Church and State

BY J. H. NEWMAN
LONDON: T.

1845. 12mo. 3s. 6d.





Próximamente :

LA MUJER Y LA MODA

Interesantísimo pe-
riódico de modas

